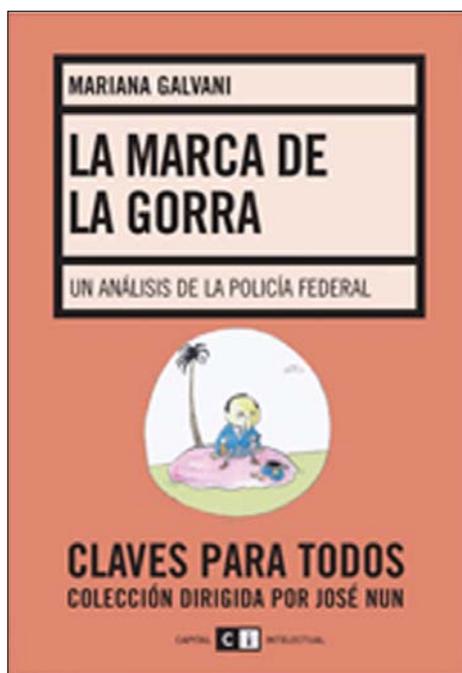


La marca de la gorra. Un análisis de la Policía Federal

Mariana Galvani
Capital intelectual, Buenos Aires, 2007

Por Karina Mouzo



¿De qué hablamos cuando hablamos de la Policía Federal? Ésta es la pregunta con la cual Mariana Galvani comienza su libro. Contestarla no es tarea sencilla puesto que para responderla se deben desandar una serie de caminos –sinuosos, inciertos, y muchas veces resbaladizos– que nos llevan a cuestionarnos a nosotros mismos como miembros de esa “invención” llamada sociedad.

La marca de la gorra forma parte de la colección “Clave para todos” dirigida por José Nun, y supone un diálogo del saber experto con el lego. Esta tarea no es sencilla, pero este trabajo es uno de los mejores ejemplos de cómo esa comunicación es posible sin perder en el camino la complejidad y riqueza del análisis.

En primer lugar, la autora analiza a la Policía Federal como un campo –tal como usa el

concepto Pierre Bourdieu– en el cual se desarrolla un habitus específico. Desde nuestra mirada, esta elección teórico metodológica le da al trabajo el aire necesario para identificar luchas y tensiones al interior de un espacio que generalmente se considera a priori como un “aparato”. En segundo lugar el trabajo de campo es impecable, sobre todo, si se tienen en consideración las dificultades que existen para establecer contactos y entrevistas con los funcionarios de esta fuerza, y la desconfianza (constitutiva del *habitus* policial) que en un primer momento tiñe la situación de entrevista.

En la introducción del libro quedan planteados los ejes centrales de su análisis y en el primer capítulo da cuenta de cuáles fueron los interrogantes que guiaron su trabajo. Entre ellos hay uno fundamental que de-

sarrolla en el capítulo 2 y que tiene que ver con el Estado. Entiende al mismo, siguiendo la clásica fórmula weberiana, como el monopolizador de la violencia física y, siguiendo a Bourdieu, como monopolizador de la violencia simbólica, así como también, desde una mirada marxista, como agente directo de la reproducción de la extracción de plusvalía. A partir de aquí, el posicionamiento de Galvani es claro, desde su perspectiva los policías son trabajadores del Estado, con una misión específica: la de enfrentarse, reprimir y neutralizar a los miembros de su misma clase social. Éste es el núcleo de una tensión irresoluble que, como la autora indica siguiendo a Marcelo Sain, coloca a estos funcionarios como “*víctimas y victimarios del imaginario que los construye*”.

El capítulo siguiente, titulado “Mi pasado... ¿me condena?”, es fundamental no sólo porque da cuenta del desarrollo histórico de esta fuerza, sino porque sirve para comprender determinados juicios socialmente compartidos acerca de la policía que son retomados en los capítulos posteriores. El relato que construye tiene por objetivo ilustrar a través de ejemplos concretos cómo los gobiernos, ya sean democráticos o dictatoriales se apoyaron y utilizaron a la policía para sus fines, cómo la policía se manejó a lo largo de su historia en el delgado límite entre lo legal e ilegal y, finalmente, poner de relieve la impronta militar y represiva que acompaña a esta fuerza desde sus orígenes.

Otro capítulo central del libro es el número 4, allí la autora busca comprender qué significa *ser policía* para los policías a través del discurso de los funcionarios y de las publicaciones internas de la institución. Analiza la conformación de una identidad, de un “nosotros” en oposición con aquellos que no son policías, y cómo esta oposición marca una cesura e instaura una doble relación de

la policía con la “sociedad civil”, puesto que “*forman parte de la sociedad (recordemos que es una fuerza civil armada) y, a la vez, deben ‘cuidarla’ o ‘reprimirla’ en diversas circunstancias*” (p. 50). También destaca el rol que cumple el cuerpo en tanto superficie donde queda inscripta la trayectoria dentro del campo, y su disciplinamiento. Otro aspecto importante que resalta del hacer policial es su poder de clasificación sobre los “otros”. Todos clasificamos de una u otra forma, y muchas de las clasificaciones que hacen los policías son compartidas por amplios sectores de la sociedad, sin embargo, las clasificaciones que realizan estos funcionarios tienen carácter performativo, lo cual puede implicar una acción sobre la persona considerada “sospechosa”, “delincuente”, etc.

Pero también los “clasificadores” son clasificados, los funcionarios consideran que los medios de comunicación masiva desvirtúan, y manipulan la imagen de la institución. Aquí la autora recuperando el apartado histórico señala que: “*Pensar a la policía como ‘estigmatizada’ es complejo si tenemos en cuenta su historia*” (p. 62).

Las reglas de juego del campo policial son analizadas en el Capítulo 5. Estas reglas, en muchos casos, se contraponen a las reglas formales (como por ejemplo los pedidos de coimas, el ejercicio de la tortura, etc.) pero son las que hay que saber para perdurar y posicionarse en el campo, y son asumidas con total naturalidad. En este sentido, ciertas prácticas ilegales son consideradas dentro del campo policial como legítimas, y esta legitimidad ilegal es muchas veces avalada y sostenida desde otras agencias del sistema penal.

En las conclusiones son retomados los puntos centrales del libro y su lectura es un excelente ejercicio de deconstrucción de

“sentido común”. Las prácticas policiales no son prácticas aisladas, a contrapelo de la ilustración de la portada del libro (que muestra a un policía en una isla), sino que se articulan con el conjunto de las prácticas sociales.

Por último señalamos que este trabajo se inscribe en un conjunto de investigaciones sobre las fuerzas de seguridad que han proliferado en los últimos 20 años. Muchos de ellos portan fórmulas prescriptivas respecto a qué se debe hacer para “mejorar” y “demo-

cratizar” el funcionamiento de las mismas. Otros, esencializan a las fuerzas de seguridad en general, pero en particular a las policías, “demonizándolas” a tal punto que las preguntas acerca de su funcionamiento, historia, etc., están de antemano contestadas en virtud de su carácter de “objeto maldito”. En ese sentido, el estudio de Galvani es un excelente trabajo de investigación y un remanso en el medio de tanta receta reformista, y tanta reificación infértil.

